

RAJIM FARJADI

Desde chiquito era torpe y lento. Lo que más le gustaba era dormir en el agua pantanosa. Frecuentemente alguno de sus amigos se acercaba a la orilla del pantano llamándolo:

—¡Hipopótamo! ¡Hipopótamo! ¡Vamos a juga-a-ar!

Permanecía callado mucho rato, después alzaba la cabeza y siempre respondía:

— No tengo ganas...

De nuevo se sumergía en el agua caliente, cubierta de limo verde y hojas caídas.

— Vamos... —insistían el Elefantito, la Jirafa y la Cebra. Iremos al palmar a recoger cocos. Son tan ricos.

Lo persuadían largo rato, por fin el Hipopótamo salía a la orilla y caminaba lentamente detrás de los animalitos. Estos tiraban los cocos desde el alto

El Hipopótamo





No Tengo Ganas

cocotero y cuando le llegaba el turno al Hipopótamo, rezongaba constantemente:

— No tengo ganas...

— Corre y salta un poco al aire libre —le decían.

Pero el Hipopótamo permanecía cada vez más tiempo en el agua pantanosa, con los ojos cerrados, escuchando cómo alrededor croaban de distinta manera las ranas panzudas.

Crecían sus antiguos amigos: el Elefantito, la Jirafa y la Cebra. Ahora acudían muy raras veces a la orilla para invitar al Hipopótamo a ir con ellos.

Naturalmente el Hipopótamo también crecía, pero fundamentalmente se hacía más grueso. Por eso casi no salía del agua. Invisiblemente se cubría de limo y de hierba y las ranas saltaban sin temor en su espalda entonando sus canciones.

Una vez el Elefantito, la Jirafa y la Cebra se acercaron a la orilla del lago pantanoso con el propósito de llamar otra vez más al Hipopótamo. Pero en el lugar donde habitualmente descansaba éste vieron un enorme mogote verde.

— ¡Es el Hipopótamo! —adivinó el Elefantito.

— ¿Será posible? —se asombró la Jirafa estirando el cuello.

— Vamos a comprobarlo —propuso el Elefantito—:

¡Hipopótamo! ¡Hipopótamo!

Pero nadie respondía a la llamada.

— No, no es el Hipopótamo... —replicó la Cebra.

— ¡Hipopótamo! Ven con nosotros —gritó con todas sus fuerzas el Elefantito.

Y, cosa curiosa, el mogote verde del pantano se movió lentamente y respondió:

— No tengo ganas...

— Esto es todo lo que quedó del Hipopótamo perezoso —suspiraron los amigos y se fueron.

Dicen que hasta hoy, si alguien se acerca al pantano grande y grita:— ¡Hipopótamo! Sal... —al cabo de cierto tiempo el mogote cubierto de limo, de hojas y de hierba seca responderá de manera imperceptible:

— No tengo ganas...

¿No lo creen? Vayan allí y griten a pleno pulmón:

— ¡Hipopótamo!

Dibujo de V. PLEVIN